

que hemos visto salir de una litera en el vestíbulo interior de la casa fuerte de los Cigarrales.

¿Quién era?

Preguntadlo al emir de los creyentes granadinos, al kalifa vencedor Sidy-Mojammet-ben-Juzef-ben-Nazar-el-Ansarí, que llora en los mas escondidos apartamentos de su Alhambra por la mas querida de sus hijas, la sultana Zayda-Fatima.

CAPITULO VII.

EN QUE SE DA Á CONOCER EN ALGUN MODO AL INFANTE DON JUAN.

I.

Un dia, el rey Mojammet recibió en una cámara del alcázar de la Alhambra á un berberisco que le llevaba una carta del infante don Juan, hermano del rey don Sancho de Castilla.

«Sidy Mojammet-ben-Nazar, decia entre otras cosas aquella carta: ya sabeis el gran trabajo en que nos hemos visto delante de la villa de Tarifa, que no hemos podido cobrar el caudillo Aben-Omir y yo, contratiempo que tan de mal talante ha puesto contra mí al emir de Marruecos, como si en mi poder hubiera estado ganar á Tarifa y yo se lo estorbara, que todo lo temo de este bárbaro, tan diferente en la condicion del que fué su padre: á tierras de Castilla no puedo tornar por mi enemistad con el infante don Sancho mi hermano, que se titula ilegítimamente rey, usurpándome mi derecho, ni tengo confianza en los reyes de Portugal, de Aragon y de Francia, que pudieran hacer de mi persona prenda para ganar con don Sancho lo que cada cual de

ellos pretende: así, pues, espero que vos, que en otro tiempo me habeis llamado vuestro buen amigo, me ampareis y me deis hospitalidad en vuestro reino mientras pasa la recia tormenta que me combate: si así me lo otorgais, enviadme un seguro para que yo pueda atravesar vuestra tierra y llegar á vuestra córte."

Otorgó el rey de Granada lo que el infante don Juan le pedía, volvióse el berberisco mensajero de don Juan con la carta de otorgamiento del rey de Granada á la petición que se le había hecho, y con ricos regalos y preseas de aquel rey para el infante don Juan en muestra de la estimación en que le tenía.

¿Y cómo no había de estimarle si don Juan era enemigo de aquel terrible don Sancho, cuya espada vencedora amenazaba siempre al reino de Granada?

A mas de esto, don Juan había dado buenas muestras de lo que era en el último asedio de Tarifa.

II.

Aquí asoma la gran figura de don Alfonso Perez de Guzman, y hemos de ocuparnos de él, porque ya desde los principios de nuestro libro se conozca con todos sus sombríos colores la siniestra figura de uno de los personajes mas importantes de nuestro relato.

III.

Era Alfonso Perez hijo natural de don Pedro de Guzman, señor de Toral y de una doncella principal de Leon llamada doña Isabel.

Amóle mucho su padre por haber muerto al darle á luz su madre, á quien mucho amaba: encomendóle para su crianza á uno de los mejores caballeros de su casa, y cuando el mozo fué

ya en edad bastante, llevóle á la córte, metiéndole por su favor en la casa del rey don Alfonso, de quien el padre era muy privado.

Pasaron años, llegó don Alfonso Perez á los veinte, y como por aquel tiempo se firmase la paz entre el rey de Castilla y el de Marruecos, y se celebrase este acontecimiento en la córte del rey don Alfonso con magníficas justas, cuando los caballeros de ellas volvieron, segun costumbre, á palacio, el rey preguntó cuál había sido en la justa el mejor, á lo que uno de los cortesanos contestó:

—Señor, Alfonso Perez ha sido el que ha quebrado mas lanzas y ha llevado la mejor parte.

Y como hubiese en la casa del rey algunos hidalgos que llevaban el nombre de Alfonso Perez, el rey dijo:

—¿Cuál de ellos?

Entonces, uno de los parientes de don Pedro de Guzman, contestó:

—Señor, Alfonso Perez, mi deudo de ganancia.

Sintióse afectado el mancebo de que en medio de la córte le llamasen bastardo, y atendiendo mas á su dignidad que al respeto, contestó con voz airada:

—Vos decís verdad, que yo soy de ganancia; mas vos sois y sereis de pérdida; y si no estuviérais delante de su señoría, yo os pusiera las manos; pero de esto no teneis vos la culpa, sino quien os ha criado, que os ha enseñado mal.

Alteróse el rey don Alfonso por el desacato, y dijo:

—No ha hablado mal, que así se llama á hijos tales como vos.

—Pues tambien es costumbre de los hijosdalgos de Castilla, replicó mas airado don Alfonso Perez, que cuando su rey y señor natural los trata malamente, sin justa causa, que vayan á buscar fuera de su señorío quien mejor los mire, y se quiten del pleito homenaje del señor que los maltrató, y yo lo haré así, y prometo no volver á Castilla hasta que vuelva á ella en tal manera, que me llamen con verdad de ganancia; yo me despido de vuestro vasallo y os pido me otorgueis el fuero de los caballeros

hijosdalgos de Castilla, de los treinta dias y nueve dias y tres dias en que puedan salir del reino.

Y no pudiendo negar el rey don Alfonso á Alfonso Perez el fuero que pedia, se lo otorgó, y el animoso mancebo salió de tierras de Castilla y pasó al Africa, donde le acogió con mucha honra el emir de los benimerines, Abu-Yusuf.

Prestóle pleito homenaje Alfonso Perez, y se puso á su servicio contra todas las naciones del mundo, salvo contra cristianos, que juró que nunca con ellos pelearia sirviendo á los moros.

Y de tal manera sirvió en sus guerras al Benimerin Alfonso Perez, que aquel le tuvo por su mejor caudillo y le honró y le prosperó sobre todos de tal manera, que tantas riquezas llegó á contar don Alfonso, que dificilmente hubiera encontrado en toda la cristiandad rico hombre ó señor que en poder y en cuantía le aventajasen.

IV.

Y á este tiempo, cuando ya habian pasado siete años, desde que desnaturalizándose de Castilla don Alfonso Perez habia rendido pleito homenaje al emir de Marruecos, aviniéronle tan mal sus sucesos al rey don Alfonso, que se le rebelaron sus reinos, alzando por rey á su hijo don Sancho, viéndose reducido don Alfonso á la mas grande desolacion, á la mayor miseria en que pueden caer un rey y un padre.

Una sola ciudad se le mantenía fiel, Sevilla; y exhausto su tesoro, habia llegado hasta el punto extremo de tener que recurrir á los préstamos de sus últimos y escasos leales para que no le faltase el pobre pan de su sustento.

Triste, descorazonado, desesperado el anciano rey, recurrió á un medio ciertamente no muy digno de un rey cristiano; pero estaba abandonado de los hombres, y tal vez de los cielos, y bástale por excusa la insoportable amargura de su desesperacion.

Acordóse entonces el desventurado monarca de aquel Alfonso Perez que, ofendido por él un dia, le habia retirado su pleito homenaje, y moviéndole las noticias de sus hazañas que traía desde Africa la fama á tierra de cristianos, envióle un mensaje con una carta que decia así:

«Primo don Alfonso Perez de Guzman: mi cuita es tan grande, que como cayó en lugar alto, se verá de lejos, y como cayó en mí, que era amigo de todo el mundo, en todo él sabrán mi desdicha y la postracion en que mi hijo me ha puesto con la ayuda de mis amigos y mis prelados, los cuales, en vez de meter paz no escusadamente ni á encubierto, sino claramente, metieron todo el mal que pudieron. No hallo en mi tierra abrigo ni quien me ampare, ni quien me valga, no debiéndome ellos mas que bien; y pues que en mi tierra me falta quien me sirva y me ayude, forzoso me es buscar en la ajena quien se duela de mí; y pues los de Castilla me faltaron, nadie me tendrá á mal que yo busque á los benimerines: si mis hijos son mis enemigos, nadie verá mal que yo tome mis enemigos por hijos (enemigos en la ley, pero no en la voluntad), que yo amo y aprecio mucho al buen rey Abu-Yusuf, y él no me despreciará ni me faltará, porque con él tengo treguas y paces. Yo sé cuanto sois suyo, cuánto os ama, con cuánta razon y cuánto hará por vuestro consejo. No mireis á cosas pasadas, sino á las presentes; mirad quién sois y del linaje de donde venís, y que en algun tiempo os haré bien, y si no os lo hiciere, vuestros buenos hechos os galardonarán, porque el que hace bien nunca lo pierde. Por tanto, mi primo Alfonso Perez de Guzman, haced en esto con vuestro señor y mi amigo que sobre mi corona mas preciada que yo tengo y piedras ricas que en ella están, me preste lo que á bien tuviere, y si me podeis procurar su ayuda, no me la estorbeis, como creo que no lo hareis; antes creo que toda la buena amistad que de vuestro señor á mí me viniere, será por vuestra mano, y la de Dios sea con vos.

Fecha en mi ciudad de Sevilla, á los treinta años de mi reinado y primero de mis desdichas.—EL REY.»

V.

Don Alfonso Perez de Guzman se olvidó de su antigua querrela con el desgraciado rey de Castilla, y le sirvió tan bien, que el emir Abu-Yusuf le envió sesenta mil doblas, y le prometió ir en persona á restaurarle en el dominio de sus reinos.

En cuanto á don Alfonso Perez, se anticipó al rey de Marruecos, y embarcándose en Tánger con sus caballeros y criados en una galera castellana que los esperaba, saltó en tierras de Andalucía, y fué á Sevilla, donde le recibió en sus brazos y con las lágrimas en los ojos el anciano rey Alfonso.

La ciudad de Sevilla habia salido á recibir al caballero leonés, la fama de cuyas hazañas habia pasado el Estrecho, y que con tan hidalga generosidad venia á socorrer á aquel padre escarnecido, á aquel rey despojado.

Hubo, pues, fiestas y saraos para obsequiar á aquel que venia con el noble intento de trocar la desesperada situacion del rey en favorable y próspera.

Todos querian conocerle y tratarle, y las mas hermosas damas se mostraban avaras de que el héroe fijase en ellas sus miradas.

Por último, queriendo patentizarle el rey cuán agradecido le estaba, le casó con una principal doncella, hermosa maravilla, y en la fuerza de su juventud, como que solo contaba quince años, llamada doña María Alfonso Coronel, hija del rico hombre don Alfonso Fernandez Coronel, ya difunto, y de doña Sancha Iñiguez de Aguilar.

Dió licencia para aquellas bodas, como señor de don Alfonso Perez, el emir de Marruecos, acompañándola con un magnífico presente de piedras preciosas, perfumes y telas de oro y plata.

Celebráronse las bodas en Sevilla con grande ostentacion y públicos regocijos; y queriendo el rey don Alfonso dar testimonio bastante del aprecio en que tenia á don Alfonso Perez, le

dió el señorío de la villa de Alcalá de Sidonia, que hoy se llama Alcalá de los Gazules.

Embarcóse don Alfonso Perez con su jóven esposa, que no temió ir á tierra de moros, para Africa, donde los recibió con las mayores muestras de aprecio el emir, que ya se aprestaba para pasar con un ejército á Andalucía en socorro del rey don Alfonso.

A pocos dias, y con gran número de caballeros y peones, y acompañado de Alfonso Perez de Guzman, se embarcó en Ceuta y pasó á Algeciras, que era suya, desde donde se encaminó á Sevilla, yendo adelante en son de guerra por el reino de Granada, de cuyo rey era enemigo, prefiriendo esto á causar los perjuicios del tránsito de un ejército en las tierras del monarca á quien iba á socorrer.

Llegó en pocos dias y cargado del botin que habia cogido á su paso por las tierras de Granada, á las fronteras del pequeño reino que habia quedado á Alfonso X, y desde allí le envió embajadores á que le manifestasen que nada deseaba mas que verle y oir de su boca la relacion de sus desgracias.

Salió don Alfonso al encuentro del emir Abu-Yusuf á Zahara, donde el africano habia levantado una magnífica tienda de paños de oro y seda, en que debian tener lugar las vistas de los dos monarcas.

En el momento en que apareció el rey don Alfonso á caballo entre sus caballeros, mandó el emir de Marruecos á los suyos adelantasen y fuesen á besarle la rodilla, segun la usanza mora, y mandó á don Alfonso Perez se lo mostrase cuando estuviese cerca para conocerle: y habiéndoselo mostrado, mandó Abu-Yusuf á los mas principales de sus caballeros, le besasen el pié, como lo hicieron: y habiendo querido descabalgár don Alfonso, no se lo permitió Abu-Yusuf; antes le dijo por medio de su truxaman ó intérprete que no se apease hasta dentro de la tienda.

Hízose así, y luego, los dos reyes se abrazaron, y sentándose al par en los ricos almafares que estaban sobre un magnífico estrado de tela de oro, hablaron largamente y acabaron de asentar su paz y alianza con gran pena de Alfonso Perez, que veia

iba á encenderse una desastrosa guerra entre moros y cristianos, por mas que él no hubiera de tomar parte en ella con arreglo al pacto que habia hecho con Abu-Yusuf al tomarle por señor de pelear contra todas las naciones del mundo en servicio suyo, menos contra cristianos: y para no estar ocioso mientras el rey su señor peleaba en pró de don Alfonso en tierras de Castilla, tomó sobre sí la empresa de llevar la guerra al rey moro de Granada con los cristianos que servian al emir.

Emprendióse la campaña sin grandes ventajas: llegaron los moros hasta Consuegra; pero de una parte la alteracion hecha en la moneda por el rey don Alfonso, por otra su código de las Siete Partidas, que atacaba los antiguos fueros, usos y costumbres, tanto de la nobleza como de las villas y ciudades castellanas, continuaron siendo motivo bastante para que los rebeldes vasallos de Alfonso sostuviesen á todo su poder la parte de su hijo don Sancho.

La llegada á Córdoba del terrible don Sancho hizo que las huestes agarenas se replegasen á Sevilla y al litoral del Mediterráneo.

A esto se redujo la ayuda de Abu-Yusuf á Alfonso X: y como Abu-Yusuf tenia en el Estrecho las plazas de Algeciras, Tarifa y Gibraltar, se retiró á Algeciras, pasando allí el invierno, con el buen propósito de renovar la campaña en la primavera.

Pero la muerte sorprendió al infeliz rey don Alfonso: concluyó con ella por entonces la guerra civil, y sintiéndose débil Abu-Yusuf contra un rey libre ya de obstáculos, se volvió de nuevo á Africa, llevándose consigo á don Alfonso Perez de Guzman.

Grandes servicios hizo todavía en Africa á su señor don Alfonso Perez, hasta que muerto Abu-Yusuf, y temeroso don Alfonso de las asechanzas del odio del nuevo rey, dejó el Africa con un lucido ejército de cristianos, muchos de ellos rescatados, y con grandes riquezas pasó á España.

Entró como en triunfo en Sevilla, reconoció por su rey y señor natural á don Sancho, y le sirvió buena y fielmente en todas las empresas que por aquel rey le fueron encomendadas, acreciendo su fama con continuas victorias.

VI.

Llegó el año de 1294.

Habíase tomado á los moros la plaza de Tarifa, y puesto el rey por alcaide de ella á don Rodrigo, maestre de Calatrava, anciano ya, y á causa de su ancianidad débil.

Suplicó el maestre al rey le librase de una carga demasiado grave para sus ya cansados hombros, y don Sancho, accediendo á la súplica del maestre, encomendó la guarda de Tarifa á don Alfonso Perez de Guzman.

Cuidadoso de su familia don Alfonso Perez, dejó en Sevilla á la madre de su esposa, sus hijos don Alfonso, doña Leonor y doña Beatriz, que eran muy niños, y solo se llevó con su mujer á Tarifa á su hija mayor doña Isabel, ya en edad de once años.

En cuanto á su hijo mayor don Pedro, le habia encomendado al infante don Juan para que le llevase á la casa del rey don Dionís de Portugal, aprovechando un viaje á aquel reino del infante.

VII.

Ahora bien: saliéronle mal sus intentos al infante: el rey don Sancho que estaba de él muy ofendido, reclamó de don Dionís que no prestase ayuda ni tuviese en su reino al infante don Juan, y este se vió obligado á salir de Portugal, embarcándose para Francia con el hijo mayor de don Alfonso Perez.

Pero apenas se habian hecho á la vela, sobrevino una recia tempestad, y arrebatado por el mar el barco, despues de una velocísima y peligrosa travesía, fué á dar en el puerto de Tánger.

Ocurriósele á don Juan hacerse vasallo del emir de Marruecos Abu-Yacub; le envió sus cartas, y el emir se apresuró á reci-

birle por vasallo, dispensándole grandes honras á su llegada á Féz, y esperando mucho de los servicios de aquel príncipe cristiano, capaz de todo por llegar al logro de su ambicion, y enemistado á muerte con su hermano el rey de Castilla.

El hijo mayor de Alfonso Perez acompañaba en Africa á don Juan.

Desgraciadamente, el rey don Sancho, creyendo sosegados á los moros de Africa, quitó del Estrecho doce galeras genovesas que al mando de micer Zacarías tenia á sueldo, y que le eran muy costosas.

Animáronse con esto los moros, y el perverso infante don Juan fijó su torpe mirada en Tarifa.

Abu-Yacub y el infante don Juan se encontraron en un mismo pensamiento: el de apoderarse de Tarifa.

Para este efecto, el emir dió al infante cinco mil ginetes y buen número de peones para que fuese á cercar á Tarifa, como lo verificó de allí á pocos días, llevando como lugarteniente al caudillo africano Aben-Omir, primo de Aben-Yacub.

Una vez sobre Tarifa, el infante envió á decir á su alcaide le entregase la villa, y si así lo hacia, él haria por su parte que Abu-Yacub le pagase cien mil doblas por el servicio.

A lo que indignado, contestó don Alfonso Perez de Guzman:

«Que él tenia hacienda que habia ganado con bueno y justo título, y que con ella dejaria tan reparados á sus hijos como otros sus vecinos, y que ya que no tuviera que dejarles, que mas queria dejar á sus hijos pobreza con honra, que riqueza con infamia; porque si ellos le pareciesen, sus buenas obras les harian ricos y honrados, y si no fuesen tales, yerro seria infamarse él por dejarlos ricos y deshonorados.»

Iritó esta contestacion á don Juan, que embistió á todo su poder la plaza, pero inútilmente: las habia con un enemigo formidable que se multiplicaba, que acudia á todas partes, que alentaba á sus soldados, que hacia de ellos con su ejemplo héroes, y que reparaba de noche los daños que en los muros habian hecho durante el dia los ingenios enemigos.

Y así, dia por dia, asalto por asalto, rechazados siempre los

moros, siempre tenaces los defensores, pasaron seis meses, hasta que por el grande aprieto en que los sitiados se encontraban, determinó el rey don Sancho enviarles poderosos socorros.

Además, las Andalucías cristianas, entusiasmadas por la dura resistencia de Alfonso Perez de Guzman, hacian levadas de gente para socorrerle.

Vinieron las noticias de estos aprestos al infante don Juan: no habia un momento que perder: de un dia á otro se veria obligado á levantar el cerco á la aproximacion de huestes de refresco superiores á las suyas, cansadas y diezmadadas por el largo asedio.

Ocurriósele entonces al infante la idea mas horrenda que ha ennegrecido jamás pensamiento humano: la de poner á un hombre en la terrible alternativa de ser traidor á la confianza que en él habia depositado su rey y señor natural, ó ser causa por su lealtad de la muerte de su hijo.

Como sabemos, el infante tenia junto á sí en sus reales á don Pedro Alfonso de Guzman, niño de diez años, que en mal hora, creyéndole amigo, le confió su padre para que le llevara á la corte del rey de Portugal.

Consultó este horrible pensamiento el infante con Aben-Omir, que tan infame como quien le consultaba, le aprobó.

Sacaron de la tienda del infante al niño, le ataron las manos á la espalda, y con gran alarido de trompetas, don Juan y Aben-Omir le llevaron delante de la torre del Cubo, y antes de que pudiesen alcanzarles los venablos de los defensores, levantaron un capacete en la punta de una pica en señal de parlamento.

Otro capacete alzado en otra pica apareció en el adarve, señal de que el parlamento se aceptaba.

Avanzaron entonces el infante y Aben-Omir llevando en medio al jóven don Pedro.

Adelantaron algunos ginetes moros y dijeron á los castellanos que estaban en la torre del Cubo, que el infante don Juan y Aben-Omir pedian una tregua de medio dia para hablar con don Alfonso Perez de Guzman.

Llevado á este el mensaje, concedió la tregua, y poco despues